

VIII

Recepción en la Universidad de La Plata.

DOCUMENTO OFICIAL DE LA UNIVERSIDAD

Acto público de la recepción.

El día 12 de Julio de 1909 tuvo lugar en el salón de sesiones del H. Consejo Superior y aula magna de la Universidad, la recepción oficial del catedrático de la Universidad de Oviedo y Profesor extraordinario de la de La Plata, D. Rafael Altamira y Crevea.

Siendo las dos post-meridiano, el señor Vice-presidente Dr. D. Agustín Alvarez ocupó la presidencia, en ausencia del señor Presidente doctor D. Joaquín V. González, acompañado del señor Ministro de Chile, Dr. D. Miguel Cruchaga Tocornal, del señor Profesor D. Rafael Altamira y Crevea, de los señores Decanos y Directores de Facultades é Institutos; y después de explicar la

razón de la inasistencia del señor Presidente, dió lectura al discurso de éste.

1

Discurso del Sr. Presidente de la Universidad Dr. D. Joaquín V. González.

Señores:

Empieza con este día, para la Universidad de La Plata, la realización de unos de los ideales más intensos que alientan su joven existencia: la cooperación efectiva en sus tareas, de la noble y experimentada ciencia europea representada por un maestro ilustre, hijo y conductor de la España Nueva, que viene á hablar á nuestros alumnos argentinos en un idioma familiar é íntimo, que al transmitirles las comunicaciones del pensamiento y la investigación personales, en el campo aún no bien cultivado de las ciencias históricas, les hará sentir al mismo tiempo, por la sola virtud del verbo, la emoción del alma antigua de la raza común.

La inauguración de un curso de método histórico en una Universidad de Sud América por un profesor como D. Rafael Altamira, es más que una prenda de profunda y definitiva comunicación espiritual de dos vastas porciones del mundo civilizado; es, para nuestros países, la iniciación de una era nueva en el estudio y conocimiento de sí mismos. Porque si hasta ahora han rendido

culto á su breve pasado de hechos, ensayos y heroísmos más ó menos fecundos, con un análisis más hondo, más impersonal, más científico de sus propias cualidades, antecedentes y medios de vida y de labor en el gran escenario, comenzarán á concebir ideales nacionales más altos y extensos, y á afirmar sobre bases más permanentes su evolución institucional.

El estudio habitual de la historia es por sí solo una escuela de perfeccionamiento; ella devuelve en saludables influencias los desvelos que impone, y así como aquellos rudos conquistadores de la América primitiva erguíanse al confiar á la crónica viviente la epopeya del día, los pueblos nuevos surgidos de aquellas memorables jornadas, forjando al propio tiempo su personalidad y su historia en la lucha moderna, sentirán como realizado su temple y más dignificadas cada vez su misión y su estirpe.

Hasta ahora las Universidades argentinas no habían comprendido entre sus disciplinas habituales la de la Historia constructiva—el arte ó ciencia de la Historia.—Concebida como un auxiliar de la moral en el ciclo primario y como génesis de patriotismo y de civismo en el secundario, no se condujo á la juventud más que por las interminables, aunque encantadoras avenidas de la Historia narrativa, sin que la Universidad hubiese nunca creído que esta consagrada «maestra de la vida», para renovar su savia, sus tesoros de influencia y su fuerza generadora de naciones,

necesitaba también, como el héroe inmortal de Goethe, un laboratorio, un gabinete, un instrumental, con los cuales pudiera realizar sus indudables prodigios.

Nadie con más intensidad ó información que el ilustre profesor de Oviedo, que hoy se incorpora á nuestra enseñanza, ha discutido en lengua española este problema de la Historia como ciencia y como disciplina superior; y nadie mejor que él podrá formarse el concepto exacto de la magnitud de la tarea orgánica de su estudio en la República Argentina, y creo que en las demás del continente; y por eso, si algún acierto podría yo aplaudir sin reserva á mis dignos compañeros de trabajos del C. S. y del C. A. de la F. de C. J. y S., es el de haber elegido á Altamira en Europa para llamarlo á crear en las Universidades argentinas la ciencia nueva de la Historia, la de la historia aún no escrita, la de la historia del futuro.

Tan breve es el período vivido por nuestro pueblo, que se había compenetrado con la vida de sus dos historiadores más venerados, casi coetáneos suyos, autores á la vez de sus hechos y de los libros en que fueron recibidos; ellos eran su historia animada, su archivo y su cátedra, y en la convicción de que eran dos inmortales, no se preocupó de preparar en sus institutos á los que habrían de continuar el magno y sacerdotal misterio que ellos dejaran vacante. Mitre y López constituyeron un dualismo espontáneo y único, y

llegaron á encarnar dos modalidades, dos tendencias, y acaso á diseñar dos corrientes naturales en la formación de la opinión histórica argentina; pero con ser su obra grandiosa y tan comprensiva, jamás pudo ser completa, como que, ni ambos unidos ó en cooperación en el mismo pensamiento, habrían podido realizar una labor que es secular y múltiple: la creación de los archivos de la historia integral de la nación, en sus orígenes y en la vida parcial de todas sus regiones. Así, por valiosos que sean los estudios monográficos de Mitre sobre las épocas precolombianas ó coloniales, y los más generales ensayos de López en los campos de la filología, la etnografía y la geografía sudamericanas, uno y otro no han podido ser más de lo que fueron, dedicados como se hallaron á dejar escrito el período más palpitante, el período orgánico de la nación del presente. Quedan estos dos monumentos literarios como una encarnación personal de la nación organizada; pero sin tiempo para haber construído su basamento secular, han dejado á las generaciones nuevas el tácito mandato de darles cima en labor sucesiva é incesante.

Ahí están, en archivos grandes y pequeños, en bibliotecas vetustas de Europa y América, reunidos unos y dispersos otros, sospechados é ignorados los más, ó durmiendo sueño paradisiaco en territorios inexplorados, los elementos para la futura grande historia, que reanude las edades interrumpidas, que recomponga el mapa étnico

hoy fragmentario, y ofrezca á la ciencia nueva, á la investigación universitaria, á la ciencia social y política, el cuadro general, íntegramente restaurado, de la vida de un vasto territorio como el nuestro, asiento primitivo de civilización embrionaria, campo más tarde de una magna gesta aún sin historia, y teatro, sin duda, mañana, de un deslumbrante despliegue de cultura universal y de una portentosa conjunción de fuerzas creadoras del bienestar humano. ¿Quién traerá la fórmula mágica que abra la puerta secreta del tesoro, é imprima el orden sencillo del método en el caos de las fuentes desparramadas por todos los vientos, sin caer en el vértigo fatal de los laberintos? Nada más que la serena y experimentada enseñanza de un maestro que condensa en sí, aparte de su propia ciencia, ciencia acumulada en labor secular por viejos institutos europeos, en los cuales la ciencia antigua, como los vinos centenarios, se condensa y se bebe en una gota que guarda y resume el espíritu de los siglos.

Nosotros, en esta Universidad, donde hemos adoptado la vía experimental para toda enseñanza, no podríamos exigir al más sabio de los maestros, que realice lo irrealizable; que suprima la sucesión del tiempo, ó salte sobre las etapas de la evolución orgánica; y por el mismo procedimiento, no podríamos pedir al Sr. Altamira que en una breve serie de lecciones nos deje una pléyade de historiadores, como forjados de metal

en un yunque. Sabemos bien lo que podemos pedir al profesor, en presencia de nuestros recursos de trabajo, en la falta de «laboratorio» organizado, en la ausencia del espíritu mismo de investigación que queremos formar; pero sí esperamos con fe en los consejos de la sabiduría y la experiencia, para iniciar una tarea que ha de ser muy larga y muy paciente; para despejarnos y abrirnos una senda; para indicarnos una orientación y un objetivo; para señalar nos un método de trabajo; para enunciarnos, con la sencillez que sólo poseen los grandes docentes, las leyes más permanentes, más comprobadas y estables de la ciencia histórica ya construída, en atención á la del futuro, para comunicar á nuestros catedráticos de la infancia y de la juventud ese fino y avezado tacto del taller veterano, donde la piedra ó la madera brutas se transforman sin esfuerzo en la línea pulcra de la escultura.

Movidos por la conciencia de un deber nacional y de una misión de humana cultura, hemos establecido, dentro del extenso mecanismo de las enseñanzas universitarias,—como uno de los pies del trípode simbólico de hondas transmutaciones espirituales,—la Historia, en unión con la Filosofía y la Literatura; no solamente para que concurre con ella á la depuración gradual del fruto universitario prospectivo, sino con un fin más inmediato, más positivo, más actual, más nuestro,—ó sea, la creación de una enseñanza que no existe, en una república que cumple un siglo de

vida gestatoria, y cuando tiene tanto vacío que llenar, tanto error que corregir, tanto extravío que rectificar en los conceptos de sí misma, en su historia escrita, en su evolución institucional, en su educación política. La realización en la vida de un pueblo, del espíritu histórico con su unidad y continuidad de unas generaciones en otras, puede permitirnos ofrecer á nuestros contemporáneos ejemplos de conciencia nacional homogénea y asimiladora, como uno de los más grandes imperios de esta época se adhiere y funde en su alma las más lejanas y diversas razas de semejantes; y el hecho, todavía más hermoso y fecundo, de que en la más poderosa de las repúblicas modernas, un espíritu sobradamente crítico pueda afirmar, como en un discurso reciente, que los hombres de Estado de hoy poseen el mismo timbre moral que los primeros fundadores, siquiera se llamen Washington, Adams, Jefferson, Lincoln...

Sea, pues, bien venido en el seno de la Universidad más joven de América, el representante de la magna ciencia docente de la Europa, para ponernos con ella en contacto directo, por la cálida y palpitante sugestión de la palabra y el gesto; y sea doblemente propicia la presencia en estas aulas, ansiosas de estudio y de trabajo, del mensajero de la ciencia universitaria española, que sobre su legado multiseccular ha sabido hacer brotar espléndidos y vigorosos retoños de una ciencia nueva, nacida en tan fecunda y clásica

tierra al beso generador de las más sanas simientes de otros climas y razas. La obra entera del maestro confirma esta aserción, pues llega á nosotros trayendo como títulos indiscutibles obras de Historia social y jurídica, de Didáctica, Crítica y Metodología, dignas de formar pedestal glorioso á una vida entera. Estas aulas son de hoy en adelante suyas; maestros y alumnos serán sus discípulos, y el mayor premio á que podemos aspirar por nuestra acción, será el que la semilla de cooperación y concurrencia interuniversitaria hispano-americana sembrada por él en estas humildes aulas, pueda difundirse un día más allá de las fronteras nacionales, para llevar á los demás pueblos hermanos la influencia reconfortante de esa nación materna, ancestral, que reconstruye en un día sus hogares dispersos por las vicisitudes y las luchas de la vida.

2

Discurso del señor Vicedecano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Dr. Joaquín Carrillo.

Señores:

La dirección de esta Universidad ha atribuído una importancia grande á la iniciación de este curso de Metodología de la Historia, que hoy agrega á las varias disciplinas con que cultiva el pensamiento y nutre la mentalidad de la juven-

tud que está inscripta en sus registros. Pero ha ido más allá, al hacer de esta enseñanza un curso público; ha revelado que esa importancia tiene caracteres especiales, pues se trata de ampliar sus ventajas en favor de todos aquellos que anhelan nutrir su espíritu con orientación inteligente en la dilucidación de los problemas de Historia. Ha ido más allá aún en este propósito de cultura y de Extensión universitaria; ha invitado á una celebridad mundial para que, abandonando su tranquila cátedra, venga personalmente á dar realce á esta cultura, ya que su labor y su preparación en numerosos trabajos le daban título para colaborar con éxito en esta obra de solidaridad intelectual.

Si es vulgar el dicho de que la experiencia es madre de la ciencia, es también notorio que esa experiencia debe ser guiada por el criterio sano é imparcial que, huyendo de los preconceptos y embarazos de la rutina, halle en la crítica científica la orientación debida. De ahí la importancia de esta enseñanza de la Metodología de la Historia.

Hoy día, la Historia no es el árido cronicón en que sólo se pinta batallas y héroes en una lastimosa sucesión.

Reviste, por el contrario, el análisis prolijo de los ideales por que se mueven las colectividades y de los obstáculos y vallas que encuentran para la ascensión diaria á las cumbres, siempre apetecidas y nunca alcanzadas.

Los resortes de esos movimientos de pueblos son la experiencia ilustrativa de la acción futura.

Hoy más que nunca, en que han disminuído los motivos de ataque y de defensa que hicieron frecuentes las guerras del pasado por la conquista ó el vasallaje; hoy que se difunde por el orbe un soplo ideal que vincula á las naciones y las hace converger á una federación amistosa por el bien humano, el historiador debe tener un campo de observación bien seguro para dominar la complejidad y la verdad de los intereses motores de la actividad de los pueblos.

Por esto deseamos dar á esta enseñanza un desarrollo superior. Este estudio severo, si se trata de tomar por objetivo el conjunto de colectividades orgánicas que han actuado en tiempos y lugares lejanos, cobrará doblada importancia cuando hayamos de referirlo á nuestra nacionalidad.

En nuestros propios anales de pueblo nuevo, hoy en crecimiento, habrá de llevarse hondo el estalpe de la crítica científica para desentrañar la motivación real de nuestros sacudimientos, y la contraposición de fuerzas que causaron nuestra desorientación política durante mucho tiempo.

Presumo que habremos de llegar á incluir entre los factores de nuestra formación, como lo decía Montesquieu, el clima, ó, como decía Humboldt, la geografía de nuestro suelo, como coope-

rador de los movimientos humanos que engendraron nuestra República.

Pienso que, adelantando el análisis psicológico de la sociabilidad argentina, habremos de descubrir que fueron engañosas las causas políticas que nos dividieron desde la emancipación hasta la definitiva constitución de la forma actual de nuestro gobierno, y que, en realidad, el motivo de nuestra actividad anárquica proviene de haber desconocido y no haber adaptado nuestra vida á una disposición geográfica del territorio en que vivimos, que tornó en intereses económicos contrapuestos los móviles de las banderías que nos ensangrentaron durante cuarenta años.

Hoy puede decirse, sin despertar los extinguidos prejuicios, que la lucha de provincianos y porteños ó de unitarios y federales era el simple vibrar de las multitudes conmovidas por la emancipación, que no habían podido encontrar el equilibrio y engañosamente lo buscaban en el aniquilamiento de los rivales, cuando una hora de sensatez bastó para que el furor y la desazón desaparecieran, haciendo en la Constitución del 63 una nación de federales y unitarios y solucionando más tarde la grave cuestión económico-geográfica, nacionalizando el puerto del gran río argentino.

En ese día auspicioso hicimos como las tribus del Lacio, según la leyenda de Plutarco; nos avenimos á abrir sólidos fundamentos á un recinto común, en cuya zanja echáramos todos una porción

de la tierra de nuestras localidades, y en que quedó sepultado el odio, el engañoso miraje de nuestra guerra anárquica, y en que se fundiesen los elementos del unitarismo y federalismo gauchescos, los del porteñismo y provincianismo añejo.

Si la Historia es la experiencia que enseña á los pueblos y los ciudadanos de esos pueblos, tenemos en prueba de la confirmación de que fué un engaño nuestro empecinamiento en los ideales doctrinarios de los tiempos pasados, la óptima cosecha recogida en los días que han seguido á aquel en que, armados de buena voluntad, le reconocimos y cambiamos de orientación, corrigiendo surcos y poniendo un poco de amistosa complacencia en reconocer que es imposible ir contra la corriente.

Desde entonces, hasta la hora presente, el fruto de la cordura de una generación ha permitido que, encontrando el equilibrio, hiciéramos tanto que nos «saliéramos del mapa», según la benevolente frase del hombre de estado Root, á quien todos vosotros recordáis.

Esta digresión sirve para demostrar cómo en la Historia hay que cavar hondo, muy hondo, porque el secreto que debe revelarnos no está en la superficie.

A manera de los más preciados tesoros de la tierra, que las montañas guardan en sus cerros, es necesario socavar graníticas moles; es necesario abrir tortuosas galerías para encontrar el mágico filón.

Tal es el propósito de la institución actual.

Queremos aplicar la ingeniería moderna, porque la evolución ha cambiado la mecánica de estas obras; á la simplicidad del relato ha sustituido la crítica científica, que analiza el fenómeno complejo de la vida de los pueblos.

Desde Macaulay, cuyos métodos y méritos prestigió entre nosotros el Presidente Avellaneda, los estudios históricos son vívidos y prolijos; no son el fruto de improvisaciones ni de prejuicios, como aquel que hacía objeto de su ironía el americano Fiske, en sus conferencias de Londres, refiriéndose á las enunciaciones de publicistas que suponían que, dado el progreso hecho, en un tiempo breve la raza anglosajona dominaría desde un polo al otro y desde el Atlántico al Pacífico. El, siguiendo á Freeman, llama un error y un prejuicio la existencia y la acción de la raza anglosajona, y que las opiniones que tal porvenir le señala son sólo buenas para la oratoria de un 4 de Julio.

Esta apreciación ligerísima del valor de los estudios históricos encaminados por métodos seguros, ha motivado la creación de esta enseñanza universitaria y ha determinado estas palabras del que, en ausencia del pensador y universitario por excelencia, nuestro ausente decano, debe declarar abierto el nuevo curso de la sección de Filosofía.

Sean ellas llevaderas para la justa expectativa de este auditorio por escuchar al distinguido es-

tudioso y publicista que, en nombre de la solidaridad de la cultura humana, toma á su cargo tan honroso encargo.

Le saludo y tributo el homenaje de mi particular simpatía, pidiendo á los que van á ser sus discípulos toda atención y labor para que la semilla de los buenos maestros se difunda entre nosotros.

3

Saludo del estudiante D. Mariano Irisarri.

El estudiante de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, D. Mariano Irisarri, pronunció luego las siguientes palabras saludando al señor profesor Altamira:

¡Maestro!

Antes de hacer llegar hasta vos algo que para vos tengo, perdonadme, señor, la democrática libertad de dirigiros la palabra desde mi humildísima y honrosa banca de estudiante: ¡humildísima por quien la ocupa; honrosa por ser de esta casa!

Os hablo con la esperanza de iniciar así la necesaria corriente de confianza y simpatía que debe siempre existir entre maestro y discípulos, y porque quiero, además, formularos un mensaje, que, si no por otros méritos, grande será por lo sincero.

No dispongo de autoridad bastante para juzgar vuestras obras, que son las credenciales de vuestro talento.

Por esto, poniendo oídos al corazón, os repetiré lo que relativo á esta casa mi corazón me diga, para que lo llevéis generosamente en vuestro recuerdo, junto con mi mensaje para vuestros discípulos de Oviedo.

¡La semilla siempre es grande!

¡Guarda en su seno el perfume de lo que fué y es fuerza latente de perfumes y colores que vendrán cuando la tierra—¡oh madre amorosa como todas las madres!—la fecunde!

Estáis en una casa nueva, y sin méritos propios, por lo tanto, si sólo por medio del tiempo se pueden medir los altos méritos de las grandes concepciones.

Mas pensar esto cabe tan sólo en cerebros incapaces de pensar: que el milagro pueda alguna vez reemplazar á lo que sólo es producto de la evolución, que dentro de cada grupo social el tiempo opera.

La Universidad de La Plata tuvo que ser, como todo lo que es resultado de una evolución natural, ante todo idea; semilla ante todo.

¡Y lo fué!

Como las flores; como todo lo bello; como todo lo con colores; como todo lo con perfumes,—disimuladme lo vulgar del símil,—fué idea, semilla en el cerebro del propio sembrador, para llegar luego á ser, lo que necesariamente será:

¡el más alto exponente de la cultura argentina, de la alta cultura argentina!

Y para no hablar de quien pudo tener en su cerebro idea de lo que esta casa sería antes de que esta casa fuera, ya que no es mi objeto herir modestias que me honro en conocer, dejadme recordar, aunque sólo sea por el personal comentario que me ha inspirado, dejadme recordar que no ha muchos días Blasco Ibáñez—maestro en la novela—refiriéndose á aquél, nos decía: que siente envidia al pensar en los homenajes que mañana recogerá como justa recompensa á sus afanes.

Yo, joven aún, no sé todavía lo que es la envidia. ¡Sólo sé soñar! ¡Son tan bellos los sueños! ¡Sólo sé soñar!

¡Ante vos, maestro; ante Blasco Ibáñez, ante todos los grandes, en alguna forma, sólo sé soñar con una esperanza—verdad: que con amor, que con trabajo y con constancia, se puede siempre á su turno,—sin pensar por ello en usurpaciones, sin sentir por ello sobresaltos,—llegar también á ser grande, pues ignoro que las cunas hayan podido saber, sin romperse, del peso enorme de los que ahora son cerebros enormes que van por el mundo sembrando ideas!

Y ya es árbol lo que ayer era semilla, idea, y mañana...

¿Por qué no decirlo?

Mañana dará flores.

¡Las dará: y esas flores serán fruto, el día feliz

en que algunos de los que ahora sólo saben escuchar con amor y con respeto á sus maestros, puedan luego, á su vez, siempre á la sombra de este luminoso árbol de ciencia, ser escuchados en igual forma por las generaciones que vendrán! ¡Y esta la más digna recompensa del sembrador!...

¡Mas, perdonadme otra vez! Sin querer me he dejado llevar en alas de mis sueños. ¡Felices sueños! ¡Que nunca las patrias nacidas para ser grandes sepan de hijos que no sueñen!

Sin embargo, soñar no implica olvidar las realidades que en total hacen la vida.

Ante cada aurora de luz cabe un recuerdo para los días sin sol.

Vuestra estadía aquí, será breve.

Por esto, junto á mi bienvenida de estudiante, permitidme coloque un recuerdo anticipado, á los días en que lamentando estaremos la ausencia de vuestra palabra, y que, pensando en ellos, formule votos, para que cuando de vuelta ya en Oviedo, en vuestra muy querida, muy vieja y muy ilustre Universidad de Oviedo, volváis á hablar á vuestros discípulos de allá,—recordando vuestro viaje á este mundo, que sabe de toda una epopeya de conquista española y de toda una otra epopeya de emancipación americana, en que hay cantos inmensos, no cantados todavía, pero sí escritos en las páginas de la Historia por las espadas, mil veces benditas, como mil veces gloriosas de San Martín y de Belgrano,—

tengáis motivos para poder decirles que si la honrasteis con vuestra ciencia á esta Universidad la más nueva, estaréis siempre satisfecho de haberlo hecho, pues que ella, la más joven, será también, por lo que lleva en su seno, siempre grande y siempre digna, entre las grandes, viejas é ilustres Universidades de la América española.

Y sobre todo, decidles, os lo ruego, decidles, seguro de no equivocaros, decidles mi mensaje: ¡Allá en La Plata, mis queridísimos discípulos de Oviedo, tenéis muchos hermanos! ¡Muchos hermanos!

¡Calló mi corazón temeroso de cansaros! Sea con vos, maestro, la insignia con que acostumbra distinguirse los profesores y alumnos de esta Universidad. Aceptadla sin pensar en la pequeñez material que representa, sino en el simbolismo que en esa pequeñez se encierra.

Es severa por sencilla. Es su severidad quien proclama la religión que aquí se enseña: ¡la de la Patria! ¡la de la Ciencia!

4

Discurso del profesor D. Rafael Altamira.

Cuando se realizan estos actos en calidad de protagonista, se viene resignado á escuchar alabanzas personales sin defensa posible contra ellas. Así me ocurre, especialmente en este caso;

pues además de que el único que no puede protestar ni discutir la alabanza, es quien la recibe, estoy aquí bajo el peso de la autoridad académica de quienes las formulan. El doctor Alvarez y el doctor Carrillo han usado y hasta diré que han abusado de su posición como jefes de esta casa (y como jefes míos desde hoy), y sería, no sólo inútil, sino indisciplinado resistirles. Ciertamente es que yo podría vengarme diciendo ahora todo lo bueno que pienso de esta casa y de los hombres que la dirigen, pero creo que el comenzar mi vida en la Universidad con un acto de venganza, sería predisponeros á una mala idea de mi persona.

Tendré, pues, que limitarme á dar las gracias más expresivas por la acogida que he encontrado en la Universidad, en la cual he podido apreciar, desde el primer momento, un ambiente intelectual y moral congénere con el de la Escuela de que procedo, y que me produce la grata ilusión de continuar viviendo con mis amigos y colegas de toda la vida.

A los estudiantes representados en este acto por la voz entusiasta del Sr. Irisarri, he de decirles que estimo profundamente su saludo y la entrega de la insignia con que me vinculan á la sociedad universitaria. Es tanto más grato para mí esto, cuanto que tengo la convicción sólida, ratificada en mi reciente viaje á Alemania, de que la diferencia de valor en cuanto á la producción intelectual y á sus consecuencias en el

país, entre unas Universidades y otras, estriba, más que en la sabiduría de los profesores, en la buena voluntad, en la cooperación de los estudiantes. De ellos, principalmente, depende el éxito de la obra educativa; y yo confío en que esta juventud tan llena de fe y de entusiasmo, tan consciente de su papel futuro en la dirección intelectual de la patria argentina, sabrá llevar á su perfecto cumplimiento los propósitos de los fundadores de esta casa.

Es costumbre simbolizar los recuerdos gloriosos entrelazando una rama de laurel y otra de roble. Vosotros habríais podido escoger para vuestro símbolo la rama de laurel, y esto hubiera sido explicable en la juventud, que piensa sobre todo en el momento del éxito. Habéis escogido, sin embargo, la rama de roble, y habéis hecho bien; porque si ahora os seduce la perspectiva del día del triunfo, cuando adelantéis en edad comprenderéis que lo más hermoso de la vida no está en la llegada, sino en el camino, en el esfuerzo constante por perseguir la verdad y abrir cada día nuevos horizontes á la inteligencia y á la sociabilidad, en serie inacabable.

Y ahora, señores, he de hacer algunas declaraciones que considero precisas para determinar claramente, en el concepto público, el carácter de la misión que traigo á América.

Y en primer lugar, debo decir que la Universidad de Oviedo no envía un conferenciante para que se le admire; no pone escarapate; no hace

alarde de buenas y lujosas mercancías. Si hubiese podido pretender esto, no sería yo ciertamente el delegado. Ha querido enviar sencillamente un profesor á visitar las Universidades hispano-americanas y á compartir con vosotros, profesores y alumnos, por cierto tiempo, vuestra vida docente. Ese enviado (que no lo olvidéis, es un puro representante) aspira á lograr dos cosas en su misión: establecer, ó por lo menos sugerir, el cambio internacional de profesores, y en su día, el de alumnos; conoceros y estudiaros. Ambos fines vienen á converger en un resultado único de suscitar afectos, que es al fin y al cabo lo que importa más suscitar en la vida.

Hablemos ahora especialmente del cambio internacional de profesores. Hay en materia de educación dos posiciones contrarias: la de la propia suficiencia, que lleva al aislamiento (como en la famosa pragmática de Felipe II) y á la patriotería en las naciones, á la vanidad en los individuos, y la que corresponde á la idea de que la formación espiritual es tanto más rica cuando más influencias recibe, y que la educación humana se cumple así y se ha cumplido en todos tiempos por constantes y mutuas influencias, en que no siempre el factor de más peso es el que parece más poderoso. Así como es verdad que sólo se redime y sólo se educa un pueblo por propio esfuerzo, sudado en sangre y en angustias infinitas, no por redentores de afuera, es cierto también que, para que el esfuerzo se cumpla, necesi-

ta nutrirse con el resultado de la obra de los demás. A esta segunda posición corresponde el cambio internacional de profesores, establecido ya entre varias naciones europeas y entre éstas y la gran república norteamericana. Sin pensar en superioridades ni inferioridades, Alemania, Francia, Inglaterra, los Estados Unidos, España, han comenzado á cambiar sus profesores, seguras de que en cada caso las partes contratantes saldrán gananciosas. Y la Universidad de Oviedo, que ha sido recibida ya en Francia, que va á serlo en Norte América, que vió honrado su tercer Centenario con la presencia de numerosos delegados ingleses, franceses, italianos, alemanes, norteamericanos y también hispano-americanos, pensó que había mayor obligación y más íntimo interés en establecer el cambio con vosotros que con las demás naciones del mundo, porque con vosotros tenemos una solidaridad superior á todas las otras, la de la lengua, que no es sólo expresión, sino también pensamiento. Si nos relacionamos con los extraños, ¿no es más natural que nos relacionemos con los afines? Todo con ellos es más fácil. La obra de asimilación con que se va nutriendo nuestro espíritu, se cumple mejor cuando se produce en el campo afín, y hasta las mismas ideas que cada cual ha tomado de otras fuentes, traducidas á la común idiosincrasia, son más luminosas y aprovechables.

Por otra parte, las principales naciones europeas y americanas redoblan hoy sus esfuerzos le-

gítimos por intimar con vosotros intelectualmente en la esfera universitaria. España no había hecho nada en este sentido. Cree tener derecho á ello; más que derecho, tiene un deber á que le llaman, no sólo esa afinidad á que antes he aludido, mas también la masa de españoles que aquí viven incorporados á vuestro esfuerzo. Quiere, pues, contribuir, en la medida de sus posibilidades, á la formación del espíritu de esta hidalga nación argentina.

Pero se engañaría quien viese en este deseo nuestro una obra de patriotería nacionalista, ni de competencia. Aparte de que ambas cosas están reñidas con la significación científica de la Universidad, nosotros consideramos nuestra influencia, no desde el punto de vista estrechamente patriótico, sino desde un punto de vista humano. Creemos que la obra de la civilización es demasiado trabajosa, está demasiado llena de dificultades y de problemas, para que sea lícito ni sensato suprimir de ella un solo factor útil, por modesto que sea; y que cada uno de ellos carece también del derecho á sustraerse de la lucha común. Por el contrario, cada uno debe aportar á ella su propia idiosincrasia, dando su nota característica, valga lo que valiere. Nosotros, pues, repito, no queremos ni avasallar, ni competir. Queremos simplemente ocupar nuestro puesto en la obra de la cultura humana, para que de hoy más, ni vosotros, ni los españoles que viven en América, nos llamen desertores. Si ser-

vimos, y para qué servimos, eso lo dirá la obra misma.

El otro propósito, á que me refería antes, es el de conocernos mutuamente. Vosotros visitáis poco á España, y no siempre con la amplitud y la atención que deseáramos. Nosotros sabemos muy poco de vuestra vida. Necesitamos, pues, estudiarnos unos á otros, y para eso no bastan los libros; hace falta la impresión personal.

Para conseguir ambas cosas, precisa que nosotros vengamos acá, y que vosotros vayáis á España. Lo primero comienza ahora; lo segundo, creo que he de salir de América con la esperanza de que se realizará en breve.

Todas estas consideraciones han constituido durante muchos años una de las mayores preocupaciones de la Universidad de Oviedo. Signos de ellas han sido nuestras comunicaciones circulares de 1900 á las Universidades hispano-americanas, los libros de Posada referentes á vuestros países, las conferencias de Buylia, del mismo carácter, y algunas de mis publicaciones; pero nadie se había atrevido á dar el gran paso y á formular concretamente la manera práctica de realizar nuestro deseo. Ese paso y esa fórmula las ha dado el entusiasta espíritu de nuestro Rector, Canella, el primero elegido por un Claustro de España, verdadera alma de esta expedición, y para quien os pido un recuerdo simpático.

Esas iniciativas nos daban cierto derecho á ser los primeros. No las invocamos, sin embargo. Si

no hemos aguardado á 1910 para venir, no ha sido por anticiparnos á otros elementos, sino simplemente porque hemos pensado que la ocasión de las grandes fiestas que celebraréis no es la propia para conseguir una comunicación intelectual reposada é íntima, como la que deseamos. Las buenas amistades gozan más y se acendran mejor que en los esplendores de una recepción pública, de un banquete aparatoso, ó en las explosiones de un regocijo popular, en el rincón del hogar sosegado, donde puede aislarse al dueño de la casa y mantener con él una larga y entretenida conversación, en que van saliendo poco á poco las cosas más profundas y substanciales del espíritu.

Pertenece á un grupo que rehuye por sistema, para la obra científica, todo lo aparatoso y de pura exterioridad. No despreciamos la oratoria, porque conocemos su fuerza emotiva, la positiva palanca que ella es; pero la limitamos á su función propia y le prohibimos la entrada en el campo de la investigación serena, donde puede perturbar.

Mi acción entre vosotros se ha de caracterizar, pues, por la ausencia de toda retórica y aparato y por el tono familiar y sencillo de nuestra comunicación intelectual.

Vuestra acogida, que nunca agradeceremos bastante, demuestra que aprobáis nuestras iniciativas y nuestros propósitos. Lo he visto así desde el primer día, en el gesto sincero con que